

Script Ready	/ /	AR
Recorded	/ /	SM
Edited	/ /	
Checked	/ /	
Corrected	/ /	
Mastered	/ /	

PROGRAMA No. 0167

LEVÍTICO

Capítulo 12:5 - 8

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro estudio del capítulo 12 del libro de Levítico. Y decíamos al concluir nuestro programa anterior, que la madre era declarada inmunda aquí, para recordarle que el bebé que tenía en sus brazos era pecador. Debido al pecado original de la mujer y porque hay una maldición sobre su parto, el Apóstol Pablo escribe en su primera carta a Timoteo, capítulo 2, versículo 12: *Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.* Lo que el Apóstol Pablo está diciendo aquí es que una mujer no debe tomar un cargo en la iglesia en el cual ella deba definir doctrinas. Y dijimos que creíamos que las razones son dos. En primer lugar, como lo dice el versículo 13 de primera a Timoteo, capítulo 2: *Porque Adán fue formado primero, después Eva.* Ahora, esto no tiene nada que ver con alguna supuesta superioridad del hombre sobre la mujer, sino que es más bien una cuestión de orden y de delegación de autoridad.

En segundo lugar, el versículo 14 de la misma carta primera a Timoteo, capítulo 2, dice: *y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión.* La mujer fue la primera en caer en la transgresión, y entonces el hombre la siguió a sabiendas, mientras que ella había pecado sin darse cuenta de su transgresión.

Como ya lo hemos dicho, la madre cristiana no pierde ni arriesga a perder su salvación por el hecho de haber traído al mundo a un pecador. Pero, tampoco significa que los hijos sean salvos por el solo hecho de que su madre sea salva. Sin embargo, hay quienes tratan de interpretar en ese sentido la declaración de Pablo al carcelero de Filipos, cuando le dijo en Hechos 16:31: *Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa.* Creen que sólo por el hecho de que la madre o el padre sean creyentes, los hijos automáticamente pueden ser salvos. Amigo oyente, su querida

madre puede que sea salva, pero el hecho es que trajo al mundo a un pecador. Cuando mi querida madre me trajo al mundo, todo lo que trajo al mundo era unos tres kilos y más de pecado. Y esto lo perdemos de vista hoy en día. Hay demasiados padres que creen que están criando una cosa preciosa que hasta cierto punto es un cruce entre una orquídea y una pieza de porcelana fina. No se atreven a usar la vara de corrección, porque eso dizque puede frustrar su personalidad. Pero, amigo oyente, el resultado es que ahora, hoy en día tenemos a estos “inocentes” paseándose, protestando y fomentando disturbios en nuestras ciudades. Amigo oyente, cuando yo asistí a la escuela no era un inocente; tampoco era inocente el grupito con el cual yo andaba. Y así, tampoco son inocentes los muchachos de nuestros días.

La disciplina se ha ido abajo en el hogar hoy en día porque los padres creen que están criando unas florecitas muy dulces. Pero la verdad es que tienen una cosecha de pura yerba y maleza. Eso es lo que todos somos y lo que trajimos al mundo. Por eso es tan esencial que cada uno de nosotros como padres cristianos preguntemos constantemente a nuestros hijos si son salvos, si están seguros de haber confiado en Cristo. Quizá ellos lleguen a preguntarnos por qué hacemos constantemente esa pregunta. Pero, la verdad, amigo oyente, es que debemos asegurarnos que ellos lo hayan hecho. Alguien dirá: “Bueno, los hijos de los predicadores, los pastores y los misioneros seguramente están excluidos, porque al escuchar predicar el evangelio tantas veces, por eso deben ser salvos. Pero, amigo oyente, debemos asegurarnos que nuestros hijos hayan aceptado individualmente a Cristo como su Salvador personal, porque ellos tienen la misma naturaleza que nosotros. Y sucede que nuestra naturaleza es perdida y sólo Cristo la puede redimir.

Y ahora, nos imaginamos que aquí alguien quizá pregunte que si el recién nacido ya es pecador, ¿qué será de ese pequeñuelo si muere durante sus años de infancia? ¿Se perderá porque es un pecador? La respuesta es que no, no se perderá. No se perderá porque aunque es verdad que en Adán todos tenemos que morir y también están incluidos aquí los pequeñuelos que no han cometido ningún pecado, tenemos que recordar sin embargo, estas palabras en Mateo 19:14 que pronunció el Señor Jesucristo cuando dijo: *Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos.*

También creemos que aclara este tema lo que dice el Señor Jesucristo en Mateo 18:10: *“Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”*. Y creemos que aquí sería mejor traducir esta palabra “ángeles” que aparece aquí, por la palabra “espíritus”. Entonces, este versículo diría: “. . .sus espíritus en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre. . .”. En otras palabras, lo que aquí enseña Jesús es que cuando aquel pequeñuelo muere en su infancia, su espíritu asciende para estar con Cristo. ¿Por qué? Porque Jesucristo es el que descendió y murió por los pecadores, incluyéndose aquí todos los que no han llegado aun a la edad en que son responsables de sus acciones. Pero, amigo oyente, una vez que uno llega a la edad de que es responsable por sus propios hechos, entonces, esta persona tiene que hacer una decisión propia e individual en cuanto a Jesucristo; ya sea, aceptarle, o bien rechazarle como su Salvador. El pequeñuelo que muere en su niñez, no puede ir al cielo por sus propios méritos, pues como ya hemos visto, es pecador de nacimiento, y el mismo hecho de que esté en la tumba lo comprueba. Por otra parte, este pequeñuelo no puede obtener su entrada al cielo por medio de las buenas obras, pues no ha tenido la oportunidad de hacerlas. Su única esperanza, entonces, está en la muerte expiatoria de Cristo Jesús en la cruz del calvario. Es algo maravilloso que una madre sepa que el Señor Jesús murió por su pequeñuelo.

Quizá, amigo oyente, hemos entrado en mucho detalle aquí, pero creemos que debemos acentuar el hecho de que los bebés que traemos al mundo, son pecadores; que en su mayoría van a correr indisciplinados y en rebeldía. Adoptarán lo que creen es la nueva moralidad, pero que en realidad no es otra cosa que el antiguo pecado con un nombre nuevo. Toda esta filosofía de la vida ha sido totalmente errada. Necesitamos empezar a criar y disciplinar a nuestros hijos según las Escrituras y no según lo que nos aconsejan algunos pediatras. Muchos de sus famosos consejos han sido la causa de muchos de los problemas que vemos en la juventud de nuestros días.

Volviendo ahora al capítulo 12 de Levítico, leamos los versículos 3 y 4:

³Y al octavo día se circuncidará al niño. ⁴Mas ella permanecerá treinta y tres días purificándose de su sangre; ninguna cosa santa tocará, ni vendrá al santuario, hasta cuando sean cumplidos los días de su purificación. (Lev. 12:3-4)

Ya hemos mencionado que bajo estas leyes, el período de la inmundicia de la madre se dividía en dos. El primer período duraba siete días. Luego, el varoncito tenía que ser circuncidado al octavo día. El hecho de nacer israelita no incluía al niño en el pacto sino hasta después que fuera circuncidado. Cada israelita era en primer lugar un hijo de Adán y así nacía fuera del pacto mosaico. Esto es lo que el Apóstol Pablo quiere decir en su carta a los Romanos, capítulo 9, versículos 6 y 7, cuando dice: *porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos*. El nacimiento natural no puede traer al hombre a una relación correcta con Dios. En realidad, lo que pasa es que el nacimiento natural separa al hombre de Dios. Dios no es nuestro deudor en nada. Él envió a Su Hijo Jesucristo únicamente por amor y por Su gracia para con nosotros. Sólo podemos ser salvos, amigo oyente, si aceptamos a Jesucristo como nuestro todo suficiente Salvador.

El segundo período de la inmundicia de la madre duraba 33 días, y por tanto el tiempo total era de 40 días. Esto reafirma el hecho de que el rito de la circuncisión tenía un significado especial de purificación para la madre que había sido contaminada al dar a luz a un pecador. Sus primeros siete días recuerdan a la madre que es descendiente pecaminosa de Adán, y así la circuncisión era la forma en que Dios dijo en el Nuevo Testamento: *“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis”*. (Mat. 19:14). La circuncisión del varoncito quitaba esa parte del pecado de Su madre. Su aceptación significaba también la aceptación de ella. Sin embargo, la madre debía recordar que todavía era pecadora, y que requería 33 días más para su purificación.

Es interesante notar que Jesús fue circuncidado al octavo día. En el evangelio según San Lucas, capítulo 2, versículos 21 al 23, leemos: *“Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido. Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor. (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor),”* María reconoció que era

pecadora aunque había dado a luz a un Salvador santo y sin pecado. María también tuvo que aceptar a Cristo Jesús como su propio Salvador. Y Jesús fue circuncidado para cumplir la ley de Moisés. Él vino, amigo oyente, para cumplir la ley y no para destruirla. Nació bajo la ley y así se identificó perfectamente con Su pueblo. Y pasamos ahora a considerar el siguiente aspecto en este capítulo 12: la purificación de la madre al nacer una hembra. Leamos el versículo 5 de este capítulo 12 de Levítico:

⁵Y si diere a luz hija, será inmunda dos semanas, conforme a su separación, y sesenta y seis días estará purificándose de su sangre. (Lev. 12:5)

El tiempo es doble para la purificación después de nacer una hija. No sabemos por qué esto era así, pero evidentemente la circuncisión del varoncito tenía algo que ver con la reducción de los días necesarios para la purificación y descargaba algo de la maldición.

Pero ahora en nuestros tiempos, la gracia nos trae a un nuevo día. El Apóstol Pablo, dice en su carta a los Gálatas, capítulo 3, versículos 27 al 29: *“Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”*. Y el último aspecto en consideración aquí en el capítulo 12 de Levítico, es la purificación de la madre al ofrecer un sacrificio de expiación. Leamos los versículos 6 al 8 :

⁶Cuando los días de su purificación fueren cumplidos, por hijo o por hija, traerá un cordero de un año para holocausto, y un palomino o una tórtola para expiación, a la puerta del tabernáculo de reunión, al sacerdote; ⁷y él los ofrecerá delante de Jehová, y hará expiación por ella, y será limpia del flujo de su sangre. Esta es la ley para la que diere a luz hijo o hija. ⁸Y si no tiene lo suficiente para un cordero, tomará entonces dos tórtolas o dos palominos, uno para holocausto y otro para expiación; y el sacerdote hará expiación por ella, y será limpia. (Lev. 12:6-8)

La madre traía a Dios un holocausto y una ofrenda por el pecado, y el sacerdote lo ofrecía por ella. No podía ser salva por el sólo hecho de traer un hijo al mundo. Tenía que ofrecer un sacrificio. Hoy en día una madre tiene que confiar en el Señor Jesucristo como su Salvador personal. Recordado esto, ella debe criar a su hijo tomando en cuenta que es un pecador que necesita también aceptar a Cristo. ¡Cuánta falta nos hace esto en el hogar de hoy en día, amigo oyente!

Usted recordará que cuando Jesús nació, Su madre ofreció tórtolas porque los pobres podían traerlas como ofrenda. Tuvo que tener su ofrenda porque ella era pecadora. Pero, note usted que no hubo ninguna ofrenda por el Señor Jesús. En todas las Escrituras no encontramos que ninguna ofrenda jamás se hubiera ofrecido por el Señor Jesús. Y es que Él es sin pecado. Él era la ofrenda por el pecado del mundo. Él es el Cordero de Dios. Amigo oyente, piense en estas cosas. Vivimos en un mundo que se ha enloquecido. Este mundo ha vuelto la espalda al Dios todopoderoso y el juicio de Dios comienza a caer sobre el mundo. Demostramos el hecho de que en el mundo sólo nacen pecadores, y que todos necesitamos de la gracia salvadora de Dios. Todos necesitamos la sangre derramada por Cristo Jesús en la cruz del calvario para pagar la pena de los pecados. Usted, amigo oyente, también la necesita. Acuda ahora mismo a Cristo Jesús y ábrale las puertas de su corazón recibéndole como su Salvador personal.

Y así, amigo oyente, concluimos nuestro estudio de este capítulo 12 de Levítico. Y en el poco tiempo que nos resta, veamos algunas observaciones con respecto al capítulo 13. El tema central de este capítulo lo constituyen las leyes para el control de la lepra. Tenemos aquí una serie de leyes que aunque tratan de un mal físico, sin embargo, hacen resaltar un principio espiritual. El Señor Jesucristo dijo en el evangelio según San Mateo, capítulo 15, versículos 19 y 20: *Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre.* Al entrar en el estudio de este décimo tercer capítulo del tercer libro de Moisés, el libro de Levítico, veremos que es una sección extraordinaria en cuanto a una enfermedad también extraordinaria, la lepra. Ahora, alguien preguntará si toda esta serie de reglamentos y leyes puede tener valor práctico para el día de hoy. Permítanos decir, amigo oyente, que todo en este libro es práctico.

Este capítulo inicia una sección del libro que hemos intitulado: santidad en la vida diaria. Bien podría llamarse también: santidad a Jehová. Es un hecho que Dios tiene mucho interés en la conducta de Sus hijos. En los capítulos recién estudiados ya hemos visto que tiene interés en lo que comen. Y ahora, en los capítulos 13, 14 y 15, veremos que Dios está sumamente interesado en la lepra y en la purificación de los que padecen de flujos de su cuerpo. Notaremos aquí que aunque son enfermedades físicas, la lepra y los flujos de la carne, son símbolos casi perfectos de la manifestación del pecado en el corazón del hombre. Muestran la excesiva perversidad del pecado y los efectos del pecado en acción. Si yo le preguntara a usted, amigo oyente, ¿cuál ha sido hasta ahora el énfasis de este libro?, estoy seguro que usted respondería que el énfasis principal ha sido sobre el pecado. Es que el Señor tiene interés en la lepra moral y espiritual. Esta lepra es el flujo del pecado que sale del corazón humano, tal como es mencionado en el evangelio según San Mateo, capítulo 15, versículo 11, donde leemos: *No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre.* En el corazón de este libro que tiene como tema principal la adoración a un Dios santo, se encuentra esta sección extensa sobre la lepra y sobre los flujos de la carne. La inmundicia y la repugnancia del pecado, son simbolizadas por la lepra. El desespero que causa el pecado y su carácter mortífero se describen con exactitud por medio de esta enfermedad. Así, es que, amigo oyente, esto es lo que nos espera al estudiar el capítulo 13 de Levítico. Le invitamos, pues, para nuestro próximo programa.

Le invitamos también a solicitar sin demora, las notas y bosquejos que en forma gratuita deseamos enviar a usted. Solicite este material ahora mismo, escribiendo con toda claridad su nombre y dirección completos y en orden, a la dirección que en breves instantes mencionaremos. Será, pues, Dios mediante, hasta nuestro próximo programa, es nuestra oración que ¡Dios le bendiga copiosamente!